

chu, a modo de epígrafe de la IV sección de *Canto general*, “Los conquistadores”, Neruda no sólo cita o recita la dicha supuesta *in extremis* de Túpac Amaru: *Ccollanan Pachacutec! Ricuy / ancaacunac yahuarniy richacaucuta!*, escribe Neruda. En quechua. (Escribe y no sólo transcribe, como veremos). *Ccollanan Pachacutec (Qullanan Pachakutiq)*, de entrada: ‘sobresaliente’, ‘eminente’ (*Qullanan*) transformador/a o inversor/a del espacio/tiempo o mundo (*Pacha-kutiq*).⁶

La frase atribuida a Tupac Amaru, poco antes de ser decapitado por el virrey Toledo en la plaza del Cuzco, en septiembre de 1572, con todo, fuera: *Ccollanan Pachacamac ricuy auccacunac yahuarniy hichascancuta* (**habitualmente mal/dado por: “Madre Tierra, atestigua [rikuy; ‘ve’, ‘advierde’] cómo mis enemigos derraman mi sangre”** — aunque ni *Pachakamaq* es *Pachamama* ni esta última sin más ‘Madre Tierra fuera’.

Neruda no sólo trastabilla o balbucea transcribiendo mal algunas palabras (escribe *ancaacunac* en vez de *auccacunac* [sustantivo *auca* + pluralizador *kuna*, ‘enemigos, ‘adversarios en guerra’], *richacaucuta* por *hichascancuta* [verbo *hichay* o *jich’ay*: ‘verter’, ‘derramar’), situación que se reitera. Increíblemente. Edición tras edición de *Canto general*. Sino que también interviene el texto recibido, Neruda lo traza o retraza al llamar y destinar su decir a *Pachakutiq* y no a *Pachakámaq* (‘el soberano’, ‘el que al mundo manda’), a la wak’a mayor del Chinchaysuyo, como lo hiciera Túpac Amaru, al decir de un par de cronistas. Esto ya no fuera un simple error de transcripción, una errata del Neruda copista, sino acaso una decisión de garabato o lectoescritura, un giro en el aguayo dado, una vuelta inesperada en el dicho de Tupac Amaru heredado... Llamar, dirigirle la palabra a *Pachakutiq* —eminente y acaso inminente tornamundo—, cosa fuera muy otra que apelar al ‘soberano del mundo’.

Un poema penetrante / concho

Cf. pg. 71.

* * *

JOÃO GUIMARÃES ROSA, DOS VEREDAS



⁶ Ni en *Confieso que he vivido* (1974) ni en *Para nacer he nacido* (1978) Neruda deja huellas de tal insólita frase (en quechua, pese a que en ambos libros haya pasajes referidos a su paso por Macchu-Picchu en octubre de 1943 (la escritura del poema, su ‘puesta en papel’, se habría dado en Isla Negra un par de años después, entre agosto y septiembre de 1945, según Volodia Teitelboim; in *Neruda*, 1984).

Comarca

Este par de relatos, *casos o estórias*, al decir de Guimarães Rosa, habrán formado parte de *Primeiras estórias* (José Olympo, Río de Janeiro, 1962). Dicho volumen recoge, enumerados, 21 cuentos. “Famigerado” (*Famigerado*), lleva el número 2, y “Las cimas” (*Os cimos*), el 21.

Traducir o, si se quiere, traslucir las dichas de João Guimarães Rosa, a cualquier lengua, por la fuerza singular, indomesticable, de su textura, fuera, consabido, tarea llanamente imposible. Esta imposibilidad llama, por lo mismo, dobladamente a traslucir. ¿Hasta qué punto le habremos hecho una pizca de justicia a tal incommensurabilidad con este par de relatos en camino, en traslación? Aunque la pretensión (necesaria y a la vez, otra vez, imposible) de hacer (y aun *dar*) justicia a un texto poético no pudiera sino mostrar pronto sus indecidibilidades y aporías, comarcadamente en traslucine, tal vez haya que considerar esta vez, como concluye el narrador anónimo de “Las cimas”, en alusión al niño:

Sonreía detraído: sonrisas y enigmas, suyos. Y venía, la vida.

Andrés Ajens, Pirque, septiembre de 2023.

Famigerado¹

Fue de incierta data — el suceso. ¿Quién pudiera presagiar cosa tan sin pies ni cabeza? Estaba en casa, en tanto el caserío tranquilo. Detúvose a la puerta el tropel. Me asomé a la ventana.

Un grupo de caballeros. Es decir, mirando mejor: un caballero próximo, ante mi puerta, exacto, equiparado; y, entreverados, al lado, tres a caballo, homínidos. Todo, veloz, insolítico. Tomé aire. Ese caballero —el oh-hombre-oh— con cara de ningún amigo. Sé lo que la traza de la fisonomía fuera. Saliera y viera a ese hombre de morir en guerra. Me saludó seco, pesadamente conciso. Su caballo era alto, un alazán; bien arreado, herrado, sudado. Y entreví menuda duda.

Nadie se apeaba. Los otros, tristes tres, me habían mirado mal, y en el fondo ni miraban. Parecía gente recelosa, tropa desbandada; enflaquecidos, constreñidos — forzados, sí. Eso y eso, que el caballero sagaz aire de regirlos tenía: a medio-gesto, despreciativo, los intimó a tomar el lugar donde ya se desestribaban. Dado que el frente de mi casa se adentraba, metros, desde la línea de la calle, y de los dos lados avanzaba el cerco, formábase ahí tal indecantable, suerte de resguardo. Con lo cual, el hombre empujaba a los otros al punto donde serían menos vistos, en cuanto impediáales cualquier fuga; sin contar que, unidos así, los caballos apretujándose, no disponían de rápida movilidad. Todo considerara, aprovechándose de la topografía. Los tres serían sus prisioneros, no sus secuaces. Aquel hombre, para proceder de tal manera, solo podía ser un bravo sertanejo, un vero *jagunço*, hasta en la médula. Sentí que no me sería útil poner cara de ameno, ni dar muestras de temeroso. No tenía arma alguna al alcance de la mano. E incluso si la tuviera, no me fuera propicia. Como poniendo un punto en la i, él me aniquilaría. El miedo fuera ignorancia extrema en momento bien agudo. Oh el miedo, oh. El miedo — me meaba. Lo invité a desmontar; a entrar.

Dijo que no, siguiendo las costumbre. Manteníase con sombrero. Se veía que solía descansar en la montura — de veras relajaba el cuerpo para darse más a la ingente tarea de pensar. Pregunté: me respondió que no estaba enfermo, ni venía por receta o consulta. Su voz se espaciaba, en busca de más calma; tal el habla de la gente de más lejos, tal vez sanfranciscana. Conozco ese tipo de envalentonado que no alardea ni se jacta de nada. Pero desavenido fuera, raro, perverso brusco, capaz de disparar, de repente, por un es-y-no-es-nada. Muy suavemente, mentalmente, comencé a organizarme. Él habló:

— “Vine a preguntarle a usía una opinión suya explicada...”

Remarcara la ceja. Causaba otra inquietud, su espada de fierro, catadura de caníbal. Desarrugóse, empero, y como que sonrió. Luego, se bajó del caballo; ágil, de improviso. Acaso por darse el valor de mejores modales; ¿por habiloso? Tomó con la muñeca la punta del cabresto, el alazán estaba para descansar. El sombrero siempre en la cabeza. Un bruto. Pero

¹ *Famigerado*: término atestiguado en portugués, con variante en *Famígero*: del lat. *famigerato*; ‘que tiene fama’ (*boa ou mã*, precisa el Dicionário Globo), *famoso*, *célebre*, *notável* (el célebre *Aureliano* no difiere mayormente con el *Globo en este punto*). Vecino de *Famélico*, no solo por el orden alfabético sino también por la audible coyuntura paranomasia en portugués entre *fama* y *fome*, como también en los albores del romance castellano, entre *fama* y *fambre* (este último, la RAE aún lo trae como forma en desuso de *hambre*).